

mundo gráfico



El grupo Anti-gas de la Cruz Roja Española

*Un simula-
cro de sal-
vamento de
un herido
por arma
química*

(Véase la informa-
ción en el interior
del número)

(Fots. Video)



Miércoles 7 de Julio de 1937

AÑO XXVII
Número 1340
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

CTS

La vida de los jefes del EJÉRCITO POPULAR contada por ellos mismos



—No quisiera marcharme de las primeras líneas hasta que la guerra hubiese terminado...—ha dicho Saavedra

(Fot. Videca)

El soldado que se negó a ir a Asturias en Octubre de 1934

El servicio militar lo prestó Saavedra en Salamanca.

—En Octubre de 1934, cuando la revolución contra el Gobierno radicalcedista, estaba yo en filas, y mi regimiento tenía que salir para Asturias. Me negué a ir. Y me vi ante un Consejo de Guerra, que por aquella negativa me pedía catorce años y mil pesetas, en prisión correccional menor. A Mahón, que era donde se cumplían entonces aquellos castigos militares. Me defendió muy bien el diputado socialista Manso, y me sacó con seis meses, que al hacerse pública la sentencia ya los tenía cumplidos. Entonces volví a mi pueblo, y encontré trabajo en las obras del ferrocarril Zamora-Coruña, en construcción. Allí organicé la C. N. T. entre mis compañeros. Y por un movimiento obrero que se produjo tuve que escaparme, para ocultarme en Madrid.

Un ayudante de pocero en una obra de los Cuatro Caminos

—Y en Madrid comencé a trabajar como ayudante de pocero en una obra de los Cuatro Caminos, en la que pronto se produjo una huelga. Y cuando acababa de resolverse comenzó la general de la construcción, que ya no tuvo solución, porque antes estalló la sublevación fascista.

Saavedra rehace ahora en el recuerdo su repugnancia por las instituciones militares.

—Yo era antimilitarista y anarquista. Yo era de la F. A. I. Y por serlo, me levanté resueltamente contra los militares. Aunque tuviera que cambiarme en un militar yo. Y con los primeros grupos armados de la organización estuve en el cuartel de la Montaña y en el Campamento. Y después, en Alcalá de Henares y en la toma de Guadalajara. Con Mera, el gran combatiente confederal. Y con Mera, también, ayudé a constituir la columna Del Rosal, que salía para Paredes de Buitrago, donde permanecimos treinta y cuatro días. Tomamos el pueblo y la mitad

Lea usted semanalmente en

"Mundo Gráfico"

los reportajes

**"LA VIDA DE LOS JEFES POPULARES
CONTADA POR ELLOS MISMOS"**

Cuando el COMANDANTE SAAVEDRA era un obrero de la construcción

del pinar; formamos nuestro atrincheramiento y sostuvimos muchos combates ásperos, duros, en los que a la superioridad del armamento enemigo oponíamos, con ventaja, el temple de nuestro deseo de la victoria. Desde allí pasamos al frente de Avila: Casa Vieja, Lanzahita, La Adrada... En Casa Vieja me hirieron en una pierna. Me restablecí pronto, y a Ternel. En este frente tomamos cinco pueblos, en los que, simultáneamente, evacuábamos al enemigo y organizábamos la retaguardia. Operamos sobre Albarracín, y lo tomamos. Luego, el enemigo nos presionó mucho, y tuvimos que retirarnos, saliendo por el río.

¡Magnífico espíritu de combatientes el de aquellos guerrilleros populares que iban reanimando con sus gestos las estampas de un *Episodio Nacional*!

—Con ellos se podía ir a cualquier parte sin contar el número de los enemigos—dice Saavedra—. Yo, sólo con veinte hombres, entré el primero en Albarracín.

Los días de la difícil defensa de Madrid

Y cuando Madrid estuvo en peligro, a la defensa de Madrid acudió voluntariamente con ciento cincuenta hombres bajo su mando; Y luchó en la Casa de Campo, sobre Garabitas. Y luego, en Pozuelo, donde resultó herido en la cabeza, y herido siguió, sin abandonar su puesto, al frente de seiscientos hombres, durante cinco horas, hasta que, agotadas ya sus energías insospechables, se le trasladó al hospital.

—Entré el 8 de Enero y salí un mes más tarde. Y el 13 de Febrero volvía al hospital, aun más gravemente herido esta vez. Una bala me había atravesado el brazo derecho y el pulmón. Y había perdido mucha sangre. Parecía que aquello no podía tener compostura. Y no la hubiera tenido con un cirujano menos hábil, menos concienzudo que el doctor González Díez, y con un responsable de hospital que no fuera ese entusiasta Antonio Iglesias, de la Gastronomía—pondera Saavedra.

Aquella noche, la aviación enemiga volaba, amenazadora, sobre Madrid. Y había que ir a buscar la transfusión. Antonio Iglesias fue, despreciando el peligro de las bombas. Y cuando la mano certera del médico iba sobre la mesa de operaciones, a la luz mate del quirófano, abriendo a la vida caminos que parecían imposibles ya, era como si obedeciese toda su ciencia a la voluntad ardiente de Iglesias, que exigía, con voz ronca, la salvación de aquella vida.

—¡El hospital de la Gastronomía! ¡La mejor labor sanitaria antifascista se ha hecho ahí! Son muchos los centenares de combatientes heridos que han podido volver a las trincheras por la asistencia de ese hospital.

Pero Saavedra se escapó del hospital de la Gastronomía antes de que le dieran el alta.

—Me encontraba bien, aunque todavía no podía mover el brazo. Pero sabía que se estaba operando intensamente en los frentes de Madrid. Y no quería, mientras se luchaba, permanecer yo lejos de la lucha. Luego pase a mandar el 5.º Batallón de la 39.ª Brigada, y con él, otra vez a las primeras líneas. De las que no quisiera salir hasta que termine la guerra dice.

—Y calla un instante. Pero en seguida añade:

—Siempre fui anarquista y antimilitarista. ¡F. A. I. Para ganar la guerra, ahora soy militar. Que luego, una vez ganada, tiempo habrá de volver a ser F. A. I., anarquista y antimilitarista.

José ROMERO CUESTA

Aquella organización confederal en Sevilla...

En Sevilla, Saavedra iba por las calles vendiendo leche, con un carrito cargado de botellas, por cuenta de un vaquero, que le pagaba con un jornal.

—Pero mientras tanto, iba forjándose mi conciencia de proletario. En Sevilla existía entonces una formidable organización de la Confederación Nacional del Trabajo. Clandestinamente, contra toda la actuación policíaca de los agentes de la Dictadura de Primo de Rivera, las muchedumbres obreras sevillanas eran masas de la C. N. T. Y con aquellas masas fui yo a fundirme en los Sindicatos confederales, en los que pronto tuve cargos. Acababa de cumplir los quince años, y ya me señalaba entre mis compañeros por el entusiasmo con que servía a la organización. Entonces estuve preso por primera vez, sólo por llevar un carnet confederal en el bolsillo. Y después fui detenido y encarcelado otras muchas veces, sin otro motivo que el de pertenecer a la Confederación, que Primo de Rivera intentaba destruir inútilmente. En una ocasión llegamos a encontrarnos reunidos en la cárcel de Sevilla más de setecientos compañeros. Pero todas las persecuciones no lograban más que excitar el sentimiento revolucionario de los trabajadores y acrecentar el número de afiliados.

La protesta por los sucesos del Parque de María Luisa

Y así llegó la proclamación de la República, que para la Confederación Nacional del Trabajo no podía interrumpir la acción revolucionaria.

—Los sucesos del Parque de María Luisa impulsaron a los trabajadores sevillanos la declaración de la huelga general como protesta. Y por aquella huelga, la Policía republicana de Alcalá Zamora y Miguel Maura, como antes la Policía monárquica de Primo de Rivera y Martínez Anido, nos detuvo a los dirigentes de las organizaciones obreras de la C. N. T. Pero con la República, sobre la detención se nos quiso llevar deportados a Bata—cuenta el comandante Saavedra—. Y sólo por la presión de nuestros camaradas, que amenazaron al Gobierno con extender la huelga general de Sevilla a toda España si se insistía en la deportación, cuando ya íbamos conducidos a la Guinea se dispuso nuestro regreso para ser reclusos en la cárcel de Huelva. Nosotros la estrenamos.

PÁGINA DEL COMBATIENTE



anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente, también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO dedicará una página a recoger los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

«No desmayes, camarada...»

AZOTABA el viento de Octubre los rostros de los que caminábamos. La noche era oscura, y el silencio se veía turbado por el pisar acompasado de los hombres que caminábamos, avanzando carretera adelante.

Llevábamos andados kilómetros, y nuestros pies se arrastraban ya, entumecidos por el cansancio.

—Amigo Antonio—iba diciendo yo por el camino al compañero que llevaba al lado—: ¿cuándo veremos a la familia?

Y él me contestaba, sin dejar de andar:

—No pienses ahora en esas cosas.

Yo no le respondí. Pero, sin embargo, seguía cavilando: ¿Cómo se encontraría mi madre, a la que había dejado enferma? ¿Y mis hermanillos? En la boca negra de la noche veía yo reproducirse la silueta querida de mi madre muerta. «¡No! ¡No!», exclamé yo, tapándome los ojos con las manos para desvanecer la triste visión.

—¿Qué hablas?—me preguntó mi camarada.

—Nada, nada, compañero. Hablaba solo.

—Es un modo de entretener el camino, ¿verdad?

Y seguimos andando, en busca del enemigo. A la mañana siguiente, muchos camaradas iban pálidos y ojerosos. Yo me encontraba rendido. Y, sin embargo, el amigo que llevaba al lado caminaba sin dar señales de cansancio.

«¡Juan! ¡Juanito!», oí gritar a un compañero con acento quejumbroso. Volví la cabeza, y pude ver cómo un soldado daba traspies y se abalanzaba frenético a un charco de agua sucia que había en el camino. Rápidamente todo mi cansancio se desvaneció, al ver al compañero en peligro.

Corrí hacia él y llegué a tiempo de sujetarlo por debajo de los sobacos, impidiéndole beber el agua infecta.

—¿Pero qué haces, compañero? No puedes beber: te haría daño.

—Es que no puedo más; tengo mucha sed y estoy cansadísimo, Cristóbal. Los pies los tengo ardiendo...

Y yo entonces le dije:

—No desmayes, camarada. Tienes que seguir andando. Muy pronto encontraremos al enemigo. Camarada: hemos venido a la guerra a sabiendas de lo que hay que sufrir, incluso dispuestos a morir. Todo lo malo que pasemos, lo veremos compensado el día de mañana,

con nuestra victoria. ¡No desmayes, camarada! Apóyate en mi hombro y sigue andando.

Y al par que veía a un compañero más fatigado que yo y necesitado de estímulo, sentía que todo mi cansancio desaparecía y nuevas fuerzas se renovaban en mí. En la guerra nadie puede decir de antemano cuál es el límite de sus energías; porque el espíritu vence a la materia. Y yo, que creía no poder resistir más, pude, durante mucho rato, ayudar al compañero.

Formamos de nuevo en las filas y seguimos adelante, en busca del enemigo. El alba comenzaba ya a apuntar en el manto negro de la noche.—CRISTÓBAL BOTIA, de la 40 Brigada Mixta.»

Un fandanguillo

En un frente próximo a Madrid, nuestras trincheras estaban tan próximas a las del enemigo, que oíamos perfectamente la brutal algarabía de los moros que las ocupaban. Aguardando las órdenes del Mando para atacar, como luego lo hicimos, y desalojar a aquella chusma de sus posiciones, nos limitábamos a una labor de vigilancia y muchas veces entreteníamos la espera «dialogando» con los fascistas, en el tono que ya se puede suponer, y subrayando muchas veces a tiros la «conversación».

Nuestro comisario político, con una bocina, había pronunciado alguna conferencia excitando a los soldados del otro bando a pasarse a las filas leales y explicándoles el verdadero significado de la guerra que hacían tan salvajemente los fascistas. Apenas empezaba a hablar nuestro camarada empezaban a disparar en la trinchera enemiga, sin duda para evitar que fuera oído.

Una noche, desde nuestra trinchera, «obsequiamos» al enemigo con una sesión de cante flamenco. Estuvo a cargo de nuestro camarada el *Compare*, un andaluz neto, verdadero artista. Nos extrañó que no sonara ni un tiro durante casi una hora que estuvo la voz potente del *Compare* llenando de coplas el silencio de la noche.

—El cante domestica a las fieras—decía nuestro sargento.

Era casi el amanecer cuando, sin que hubiera sonado el menor ruido, en la trinchera enemiga empezaron a disparar como locos.

Y al mismo tiempo, en nuestra avanzadilla sonaba una voz fuerte, suplicando:

—¡No tirar, camaradas! ¡Hermanos, no tirar!

El evadido pudo librarse milagrosamente de las descargas que le hacían los fascistas dibujándole la silueta.

Cuando ya estuvo al amparo de nuestro parapeto, nos abrazaba como loco. Y nos explicó con gran alegría:

—Yo soy andaluz, de Huelva. Los fascistas me enrolaron a la fuerza, con amenaza de muerte. Como había servido en Africa, a mí y a otros nos mezclaron con esa chusma de moros, teniéndonos muy vigilados. Estaba deseando pasarme; pero no encontraba ocasión. Esta noche, cuando os oí cantar, ya no pude resistir más. Me he criado en el Alosno, y al oír un «fandanguillo» se me encendió la sangre. No sé cómo me pude contener para no gritar ¡ole! Estaba hasta los pelos de oír a esos sucios aullar. ¡Hay que ver el valor que da escuchar una copla de la tierra de uno! «Esos son los míos, los españoles de verdad—me dije—, y, pase lo que pase, me voy con ellos. ¡Y aquí estoy!—ANSELMO MANZANO.»

Las gafas irrompibles

El enlace venía a Madrid, en su motocicleta, con un parte urgente de nuestro jefe. Le hice el encargo, si le daba tiempo, de comprarme unas gafas ahumadas o azules, pues tenía una leve conjuntivitis y me molestaba el resplandor del sol.

Cuando volvía hacia el campo, al pasar por un camino batido desde lejos por la artillería enemiga, cayó un obús, un «pepinazo», a pocos metros del enlace, y salió disparado del sillín, teniendo la suerte de caer en tierra blanda y no hacerse más daño que unos desollones en las manos. La máquina, sin dirección, se estrelló en un barranco.

Un camión de Intendencia lo trajo, poco después, hasta nuestras posiciones. Llegó a tiempo de hallarse en medio de un buen «fregado». Estábamos recibiendo una «visita» de la aviación fascista.

El enlace no tuvo lugar de llegar hasta los refugios, y se tumbó en un hoyo del campo, cerca de una encina.

Cayó cerca una bomba, y la encina, arrancada de cuajo, voló por el aire, y con ella, por la fuerza de la explosión, el compañero repitió su *raid* aéreo.

Cuando corrieron a auxiliarlo, creyéndole deshecho, nuestro camarada, milagrosamente ileso, se levantaba sacudiéndose la tierra sin más avería que la camisa rota y un tacón arrancado.

Cuando estuvo con nosotros, le pregunté en broma:

—¿Y mis gafas?

—Vamos a ver lo que ha quedado de ellas—me respondió, riéndose.

Se buscó en el profundo bolsillo del pantalón, y sacó las gafas liadas en un papel de seda y prodigiosamente intactas! después de los dos tremendos «aterrizajes» que había hecho el motorista.

Y entonces ocurrió lo más absurdo. Alargué la mano para cogerlas; no sé cómo se me escurrieron de los dedos, cayeron suavemente, y contra la culata de mi fusil ¡se hicieron añicos los cristales que habían resistido dos explosiones!—ELIGIO FERNÁNDEZ.



Los jefes de la Cruz Roja con algunos afiliados de esta admirable institución
(Fots. Video)

campo realizando ejercicios prácticos de camilla y anti-gas.

Una llamada telefónica y...

Por el camino, mientras llegamos a la amplia explanada por donde los camilleros realizan sus evoluciones, el doctor Luna me ofrece nuevos datos de la actuación de la Cruz Roja Española.

—Nuestro servicio no se circunscribe exclusivamente a los frentes de batalla. Actuamos también, con extraordinaria intensidad, en la retaguardia, en las ciudades en donde el enemigo deja sentir el efecto de sus ataques. Vea usted unos datos: nuestros equipos están constantemente dispuestos para acudir, a cualquier hora del día o de la noche, aunque sea bajo una lluvia de metralla, en los casos de una urgente llamada telefónica. Esos equipos llevan efectuadas, desde el 18 de Julio al 1.º de Mayo, más de doscientas veinticinco mil asistencias, sin incluir en la estadística su actuación en los frentes de La Cabrera, Collado Mediano, Torrelodones, El Escorial y otros muchos lugares de guerra. Aparte de ese equipo, plenamente sanitario, contamos con una Sección de Zapadores para los descombros. Está integrada por obreros especializados en esta faena, para evitar que aquellas personas que aun conservan la vida entre

LA ADMIRABLE ACTUACION DE LA Cruz Roja Española

**225.000 asistencias en poco más
de ocho meses**

Los hombres del Grupo Anti-gas

EL comandante Blanco Soria y el inspector general de la Cruz Roja, doctor Guillermo Luna, mientras me van mostrando las distintas dependencias del Cuartel General que la institución internacional tiene en Madrid, me ofrecen los datos explicativos:

—Este es el Hogar del Camillero. Aquí se reúnen nuestros hombres en las horas de asueto. Tienen, como ves, libros y periódicos en abundancia y juegos inocentes para su recreo. También tienen aquí una banda de música que es una magnífica agrupación de arte. En este recinto se celebran periódicamente conferencias teóricas, a cargo de los oficiales de la brigada, y de carácter práctico, dirigidas por los facultativos.

En una sala amplia, llena de luz, está la sala de reconocimientos y operaciones. En el patio, —un recinto amplio, por donde pueden circular holgadamente dos líneas de coches en sentido opuesto—, el grupo permanente de ambulancias, para acudir rápidamente a una llamada de urgencia en caso de bombardeo de la ciudad. Cerca de allí, los talleres de zapatería, sastrería, guarnicionería y otros oficios dedicados a las necesidades del cuartel.

—Tenemos también—me dice B'anco Soria—un taller de automóviles, que está dando magníficos resultados. Al principio de la sublevación militar tuvimos que ceder a Sanidad Militar la mayoría de nuestras ambulancias y de coches de urgencia. Hoy las construimos nosotros en los talleres de la brigada, aprovechando, en la mayoría de los casos, los *chassis* de los autos y camiones destrozados en accidentes de circulación, que otros dieron por inservibles.

El edificio—magníficamente acondicionado por estos dirigentes de la Cruz Roja, hasta hacer de él un cuartel modelo en su clase— está ahora casi desierto. La mayoría de sus hombres están en el

Ante los bárbaros métodos de guerra que están poniendo en práctica los invasores alemanes e italianos—ejemplo: la destrucción de Guernica—, nuestra Cruz Roja se prepara a todas las eventualidades y equipa a sus hombres para actuar en una posible guerra química

Los hombres del
Grupo Anti-gas de
la Cruz Roja



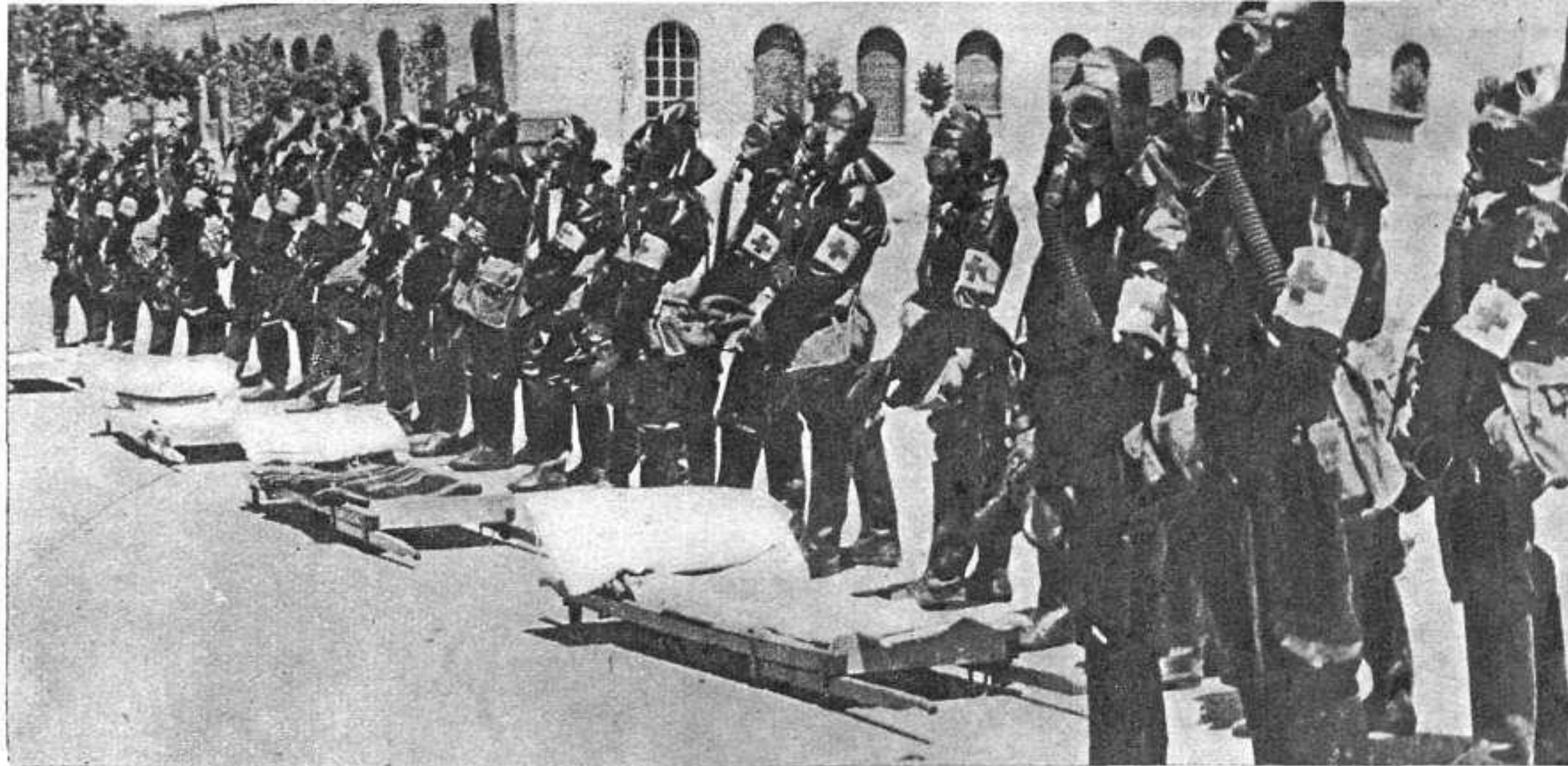
los escombros puedan resultar heridas o muertes por un golpe violento del pico de los trabajadores.

Ahora va usted a ver el Grupo Anti-gas.

Los hombres con aire de monstruos

Un centenar de hombres, enfundados en un traje impermeable, con botas altas especiales y unos guantes enormes, van y vienen acompasadamente por la amplia explanada, haciendo la instrucción especial de los camilleros. Cuando se colocan las caretas protectoras, que con el traje especial constituyen la defensa completa de los efectos corrosivos de la iperita y otros gases, cesan las voces de mando. Unos pitos agudos en la boca de los oficiales transmiten las órdenes según la distinta intensidad del silbido. Los hombres levantan las camillas, hacen simulacros de salvamento y ejercicios gimnásticos en terreno accidentado. El sol se vuelca en el negro brillante de los trajes, que tienen caballos cegadores de espejos con flechas punzantes de luz.

—No crea usted—me dice el doctor Luna—que todos los hombres sirven para este Grupo. Antes de ingresar en él los sometemos a diversos ejercicios de gimnasia y de resistencia respira-



El grupo Anti-gas de nuestra Cruz Roja

toria y pulmonar. Tenemos que hacer una selección muy rigurosa, porque de su buena aptitud depende, en gran parte, el éxito de su actuación. Entretanto, los hombres con aire de mons-

truos, tras la careta con nariz de elefante, siguen realizando sus ejercicios de instrucción bajo el sol fuerte, que los convierte en reflectores.

OTERO SECO

Necesidad de una política de alimentación

Los riesgos que supone la nutrición deficiente impuesta por la guerra

Algunos ejemplos y experiencias que nos llegan de la lucha mundial

TODA guerra trae consigo, como acompañamiento inevitable, una escasez de alimentos—consecuencia del abandono parcial de los cultivos—, una distribución defectuosa y un aprovisionamiento erizado de dificultades. Todo ello agrava el problema de la nutrición colectiva, convirtiéndolo en problema de primordial jerarquía para el Gobierno. Al fallar, por tanto, los medios y las condiciones normales de abastecimiento, debe nacer una política energética e inteligente de la alimentación.

Las resultantes de esa nutrición defectuosa son claras: disminuye la capacidad funcional del individuo, inutilizándolo para trabajos que requieran un esfuerzo sostenido; hace menor la resistencia ante las enfermedades, y hasta determina algunas de éstas, debidas sólo a esa deficiencia de alimentación. En la Gran Guerra, por ejemplo, hubo la «enfermedad del edema», que sólo en Galitzia y Bohemia atacó a más de cien mil individuos—deficientemente nutridos—, con una mortalidad superior al 5 por 100. La avitaminosis causó también grandes daños en la infancia de algunos de los países que intervinieron en aquella contienda.

Se recuerdan, igualmente, casos de hambre colectiva—con enorme cantidad de víctimas—en Rusia, en China y en la India. Y hasta en algunos distritos de los Estados Unidos, a pesar de la riqueza del país, la crisis económica determinó estados de hambre, como también en algunas grandes ciudades europeas el desequilibrio siguiente a la lucha produjo períodos de hambre, cuyas consecuencias se están padeciendo todavía.

La desnutrición no influye sólo sobre el que la padece: influye, además, sobre su descendencia. Los hijos nacidos en la guerra están en condiciones muy deficientes para la lucha por la vida. En las estadísticas alemanas de después de la guerra se ha encontrado solamente un 12,9 por 100 de personas con capacidad fisiológica normal; en cambio, antes de la guerra, estas personas con caracteres normales eran un 38,7 por 100. Después de la guerra sube la cifra de mortalidad de casi todas las enfermedades, de modo muy especial la de la tuberculosis.

Es la propia naturaleza individual la que, en primer término, organiza la defensa contra el hambre. El organismo limita automáticamente sus combustiones, se adapta a esa alimentación deficiente. Conocidos son algunos casos de ayunadores célebres, que muestran hasta qué punto es capaz de resistir la naturaleza humana. El alcalde de Cock, Mac Swiney, murió a los setenta y cinco días de protesta de hambre contra los que le habían encarcelado. Gandhi mantuvo, en una ocasión, durante cuarenta días, su negativa a tomar alimentos.

Pero las primeras defensas propias del organismo no bastan al prolongarse. Una vez agotadas, en lenta combustión, esas reservas nutritivas, comienza un proceso de autofagia, de autoconsumción. Esta fase es de un gran peligro para el individuo.

Todo ello exige imperiosamente una política racional de la alimentación. Hay que organizar una defensa contra la nutrición

deficiente. Hay que atender esto como se atiende a la defensa contra la aviación, contra los gases o contra las enfermedades que la guerra puede producir.

En España, en relación con esto, debería organizarse una Comisión parecida a la que los aliados constituyeron en la Gran Guerra. Se llamó Comisión Científica Interaliada de Aprovisionamiento, y la formaron profesores y técnicos de los distintos aspectos que el problema presentaba. Esta Comisión resolvió de excelente modo el abastecimiento de los Ejércitos y de la población civil. Otro ejemplo de fuera: la resistencia de los países germánicos ante el bloqueo desarrollado por los aliados fué, en buena parte, la consecuencia de un racionamiento riguroso y de la obtención—hecha por sus hombres de ciencia—de sustitutivos de los alimentos.

El racionamiento debe ser presidido por un criterio científico, atendiendo a la actividad del individuo. Así, un soldado en campaña debe recibir un suplemento alimenticio superior en un 30 por 100 de contenido de energía al que el mismo hombre necesitaría en la retaguardia. El trabajador de la industria o del campo se alimentará también en relación con su esfuerzo. Y la calidad, más que la cantidad, habrá de tenerse en cuenta cuando se trate de niños en fase de crecimiento, de madres en lactancia, de viejos, de enfermos...

Esta «política de la alimentación de guerra» habrá de tender también a la divulgación entre las masas populares—por conferencias, cartillas, Prensa, etc.—de temas relacionados con el problema: valor nutritivo de la alimentación, sustitutivos más convenientes, condimentación adecuada...

El problema es muy amplio, y presenta muchos aspectos: la ordenación y el incremento de la producción agrícola y ganadera, la distribución racionalizada, los transportes, la necesidad de un aumento en la exportación de aquellos productos que produzcan divisas, la limitación de las importaciones... Y paralelamente a toda esta labor múltiple, escoltándola, siendo inseparable de ella, un rigor inflexible contra los que la dificultan, contra los que buscan el lucro personal. No es posible olvidar que en los Ejércitos su capacidad de ataque o de resistencia dependen, en buena parte, del estado nutritivo de sus hombres y de las condiciones de vida y rendimiento de la retaguardia.

Adelantarse a los hechos, simplificar los problemas: he aquí las líneas básicas de una «política de la alimentación», necesaria, como uno de los factores más importantes, para el logro del triunfo.

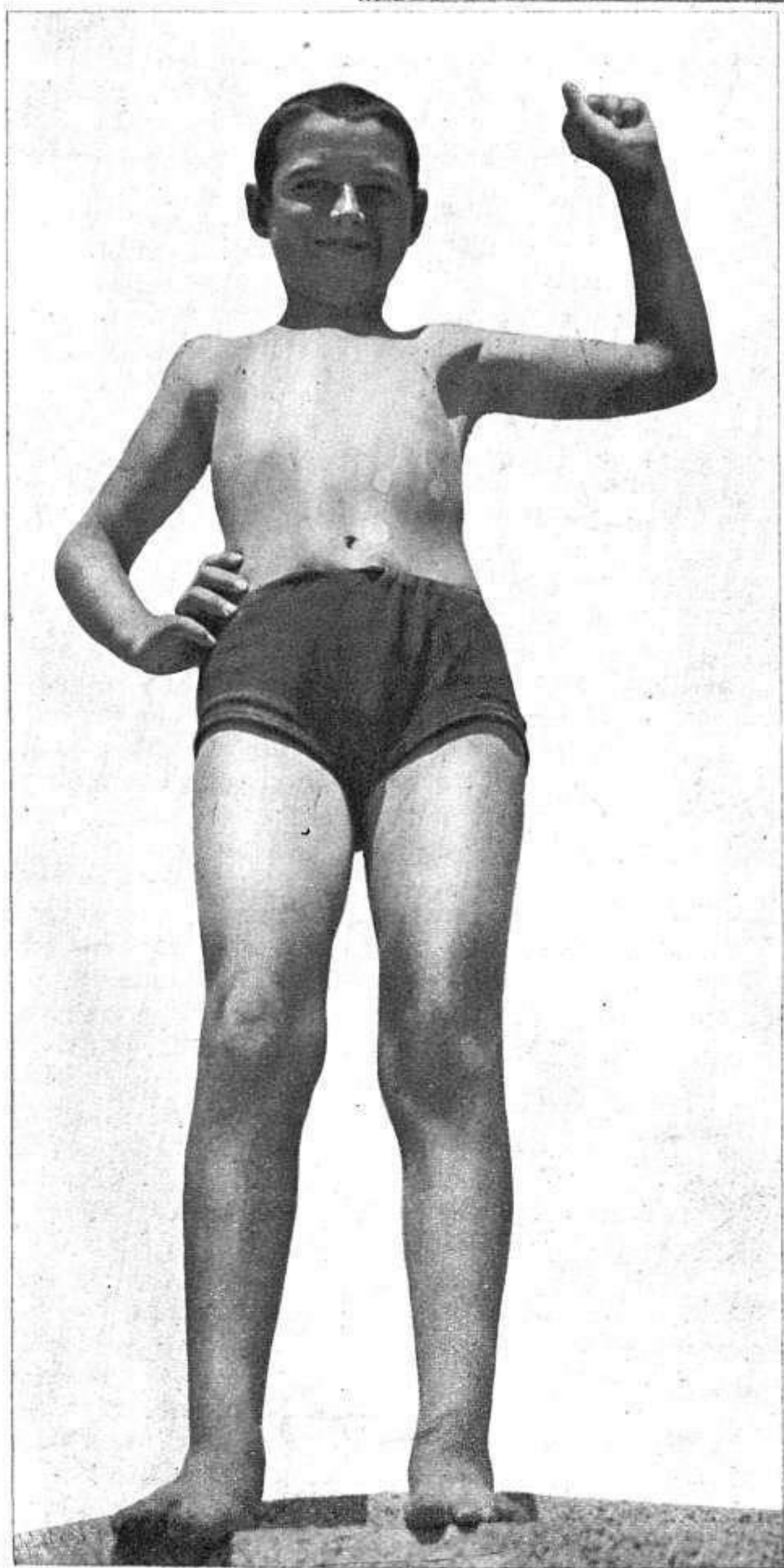
MUNDO GRAFICO ha publicado en sus últimos números los mapas siguientes de los frentes de lucha:

Frente de Guadalajara	(31 de Marzo)
Frente de Córdoba. Sector de Pozoblanco-Peñarroya	(7 de Abril)
Frente de Vizcaya	(14 de Abril)
Frente de Huesca	(21 de Abril)
Frente de Teruel	(28 de Abril)
Frente de Córdoba y Jaén	(5 de Mayo)
Frente del Jarama	(12 de Mayo)
Frente del Tago	(19 de Mayo)
Frente de León	(26 de Mayo)
Frente de Somosierra	(2 de Junio)
Frente de Navacerrada y Segovia	(9 de Junio)
Frente Oeste de Vizcaya	(30 de Junio)

La alegría incomparable del mar. Los chiquillos que vivían antes una vida sombría y triste juegan ahora alborozadamente en las aguas de La Malvarrosa...

(Fots. Vidal Corella)

Ha desaparecido ya el viejo bañador a rayas. El chiquillo refleja ahora todo el júbilo de su vida nueva.



VALENCIA

La nueva vida de los chiquillos bajo el sol de Levante

en la palma de la mano, su horizonte no alcanzaba más allá de cuarenta metros. Más tarde, con el trato y el cariño, nos fuimos ganando su confianza. Hoy contemplamos con alegría el excelente resultado obtenido.

—¿Se hizo inmediatamente alguna reforma en la vida de los muchachos?

—Muchas. Lo primero que se hizo es quitar las divisiones que separaban a los chicos de las chicas. La gran verja que cruzaba el patio se suprimió para que ellos cantaran y jugaran juntos. Un altavoz colocado en el patio rompió aquel silencio de años, introduciendo

el mundo donde se le había querido cerrar las puertas. Y se quitó aquel uniforme gris, triston, que llevaban niños y niñas. Ellos llevan ahora el mismo traje que el niño de la calle. Ellas, lo mismo: batitas modernas, telas de mil maneras para que cada cual tenga un traje distinto al otro, que haga olvidar el odioso uniforme; zapa-titos, calcetines... Por lo tanto, se desterró aquel antipático y holgadísimo delantal a rayas, las medias gruesas, de lana, que estropeaban las piernas de las muchachas, y aquellos enormes zapatos, anchos y viejos.

—¿Tuvo feliz efecto esta nueva vida?

—Sí. Porque los mismos niños fueron los impulsores de ella. Nosotros iniciamos la idea. Ellos la desarrollaron con todo entusiasmo. Se llenó la casa de flores, y la canción del trabajo sonó triunfante, con todo su alborozo, en todos los ámbitos de ella. Los mismos chicos fueron

los que se encargaron de aprender esa canción con viveza y entonarla con vibrante emoción.

—¿Y cuando salieron a la calle...?

—Cuando salieron a la calle eran ya otros niños. Y fueron al cine, a los deportes, al campo, al mar; frecuentaron el teatro. Tal vez en el ánimo de estos muchachos influyera mucho la representación de *Nuestra Natacha*. Fué la primera obra que vieron en el teatro.

—¿Evolucionaron también en la escuela?

—Sí, sí; ya lo creo. Aquella escuela vieja desapareció inmediatamente que fuimos nosotros allí. Para aquellos niños sólo había una enseñanza tan vulgar, que apenas si sabían leer y escribir correctamente. Se quitaron aquellos viejos cartones que en las paredes distraían a los niños en las explicaciones del maestro. Y si a ello se añadía lo poco ameno de aquellas explicaciones, resultaba que los chicos no sabían nada. Hoy se les enseña bajo la actividad del trabajo en la enseñanza, en una conversación que mantiene el interés del niño, haciendo que éste se fije y aprenda cuanto se le enseña. Para ello se cambiaron completamente los pocos y antiguos libros que había en la escuela por otros volúmenes modernos, amenos e interesantes, que forman una magnífica biblioteca. A las chicas se les enseña a ser mujeres, para que cuando salgan de allí puedan valerse por sí mismas, al verse frente a la vida. Y ellos, lo mismo. Y todos están contentos, porque aquella casa, donde han permanecido años entre la obscuridad, ya no es la misma. Dejó de ser un triste Asilo para convertirse en un hogar alegre, luminoso, radiante. Un hogar infantil.

FAUSTO LAMATA

Los gritos y las risas de estos chiquillos dicen bien a las claras la felicidad de su nueva vida. Juegan y ríen bajo el sol y sobre el mar. Junto a mí, una joven maestra me habla sobre esta nueva vida de los chicos asilados antes.

—Nos hicimos cargo del Asilo del Niño Jesús con el deseo de introducir en su triste silencio todo el armónico desorden que debe acompañar a la infancia. Los chiquillos vivían bajo el peso doloroso de su orfandad. Nosotros quisimos—y lo hemos logrado—cambiar aquel ambiente.

—¿Influyó en el ánimo infantil el repentino cambio?

—La noche en que las monjas se marcharon dejaron de cenar algunos niños. Nos miraban sorprendidos. Acaso pensaban que al marcharse las religiosas ellos quedaban desamparados. ¡Pobres niños! Para ellos, todo el mundo cabía

LO QUE NO MUERE

CON LA GUERRA

¡BOTIJOS Y BÚCAROS FINOS!



PREGONES largos y cadenciosos, con ritmo de canturía árabe, languidez de copla flamenca y sopor de siesta estival! De la Rambla, de Andújar, de Tierra de Barros... En esos rincones ibéricos residía el secreto de la elaboración—arte y oficio—de esas finas ánforas que al trasudar por sus finos poros ponen el agua helada.

La tradición de Salvatierra de los Barros, en lindes extremeños con predios de Sevilla, tenía, a este respecto, un nimbo aventurero y trashumante. De allí salían, mediada la primavera, las peregrinaciones de vendedores que con su frágil carga a lomos de borriquillos celtiberos—de abolengo moruno—, cruzaban España y traspasaban los Pirineos y se adentraban en Francia e iban hasta París y hasta Berlín. El pregón monorrítmico, de cadencia árabe, con serpenteos de copla flamenca, les servía de clarín.

En los bulevares de la capital francesa y en los barrios populosos de las ciudades alemanas, el pregón español era como un anuncio del verano.

El viaje, largo y pintoresco, tenía el aire nómada, trashumante, de las tribus clásicas. De Tierra de Barros, en la Extremadura española, salían todos los años, en la primavera, las caravanas de botijeros. Al paso lento y cansino de sus burros, caminando tras ellos, cruzaban España y se adentraban en tierras exóticas. Más tarde, cuando ya los vendedores habían llegado, les iban por ferrocarril los repuestos de su frágil mercancía. Hay trotamundos de estos que han recorrido a pie miles de kilómetros tras las anagarrillas de sus caballerías...

La guerra, que tantas cosas sólidas y formidables arruina, no ha podido con esta frágil industria refrescante. Apenas los rayos del sol han caldeado las tierras de Castilla, han vuelto a aparecer en nuestros mercados los botijeros. Y aquí están, en nuestras rúas más céntricas, exhibiendo su mercancía. El botijo poroso, blanco, rezumante, refrigerador proletario. Y la botella señorial, de buena tierra roja y fina. Y la alcarraza de abolengo moruno.

La guerra no ha sido capaz de interrumpir la tradición nómada. Más fuerte que todas las incidencias dramáticas es la costumbre.

Hablamos con uno de estos artesanos, con matices de artista, ya veterano en el negocio de la botijería.

—A mí—dice—, el estallido de la guerra me cogió en Francia. En París, concretamente. Tardé poco tiempo en liquidar las existencias, y como no recibía repuesto, me

volví a España, paso tras paso, detrás de mi recua de dos borriquillos. No pude llegar hasta mi tierra, porque estaba en poder de los fascistas. Dos hijos míos, huídos del pueblo, son soldados del Ejército leal. Pero este invierno no se ha perdido del todo para el trabajo. No hemos podido fabricar en Salvatierra de los Barros, que es el mejor sitio del mundo para nuestra industria. Pero nos hemos ingeniado para sustituir la materia prima. En otros pueblos de Badajoz, que están en territorio leal y en la provincia de Córdoba, cerca de Andújar, hemos podido trabajar.

—¿Y este año se venderán, allende las fronteras, botijos y búcaros españoles?

—Pues naturalmente. Hay viejos compañeros—los jóvenes están luchando—a los que no se les ha olvidado el camino de la frontera. Y ya han salido con su carga, para que no falte en los pueblos de Francia y en París, sobre todo, el pregón español que anuncie a las gentes que, a pesar de la guerra, España sigue siendo la misma.

Una pregunta se nos ocurre:

—Vosotros, los que un año y otro vais a hacer vuestro negocio al Extranjero, ¿sabéis el idioma del país adonde emigráis?

—Muy pocos. Puedes decir que casi ninguno. Yo he ido más de veinte años a Francia, y no me preocupé de aprender la lengua. Hablo el español, y si me apuran, no sé más que «el castizo». Extremeño de raza, no renuncio a mi parla por nada ni por nadie. El que quiera entender, que entienda. Nuestro «género», el botijo español, es único en el mundo. Para tenerlo hay que comprárnoslo a nosotros. Bastante hacemos con llevárselo a los «extranjis» paso tras paso, sufriendo muchas penalidades. Si no fuera por mi reuma, que no me deja caminar mucho, a estas horas estaría yo en los bulevares de París pegando mis gritos, en castellano o en «castizo», para traerme luego el dinero a España.

Así son estos hombres de la tierra de la mejor solera aventurera de toda Iberia. Nietos de aquellos esforzados extremeños que a las incitaciones de Cortés y sus capitanes se embarcaban, ciegos de fe, de ambición y de ansias de gloria, para conquistar lejanas tierras. Una herencia de inquietud, abolengo de trotamundos, gravita sobre ellos. Y tras su pregón «¡Botijos y búcaros finos!» va por todos los ámbitos del mundo un retazo de la mejor leyenda de la España inmortal.

ALVARO REAL

Minas, contraminas...

«Nuestras fuerzas habían abierto una mina...»
(De los periódicos de estos días).

Edificios mutilados, esqueletos de piedra, efectos de la explosión de minas en reductos enemigos...
(Fot. Díaz Casariego)

MINAS, contraminas... Caminos subterráneos que se cruzan, que se esquivan, que se persiguen. Por ellos, la muerte y la destrucción avanzan entre esa gran tiniebla que es siempre la entraña de la tierra. La mina va abriéndose paso. Surge del campo enemigo la contramina. Y hay en las dos una febril competencia, una trágica avidez de «llegar antes». Hasta que el dramático duelo se resuelve a favor de uno de los dos caminos que la Muerte ha buscado bajo tierra, y la explosión es el signo del que ha llegado antes.

En este frente de Madrid hay una guerra de minas y contraminas. La muerte se agazapa y repta bajo tierra. De vez en cuando, una explosión se alza sobre todos los múltiples ritmos de la vida madrileña. La gente conoce ya ese ruido profundo y largo.

—Es una mina...

En los españoles que vivieron de cerca la guerra mundial, en los que se asomaron al dolor de los campos de Francia, esta lucha subterránea que ahora vemos en Madrid habrá avivado recuerdos dormidos. Porque allí también, bajo la tierra mártir, trágicamente labrada por las granadas, la Muerte buscaba caminos bajo el suelo y avanzaba entre tinieblas. Minas y contraminas se buscaban o esquivaban mutuamente. La misma pugna terrible de «llegar antes».

Cronistas españoles visitaron los frentes europeos. Comisiones de intelectuales se acercaron a la lucha. Hombres de pluma y de paz pudieron contemplar de cerca el horror de la lucha.

Una tarde—primavera sobre la tierra ensangrentada de Francia—visitaron juntos unas trincheras Enrique Gómez Carrillo, *Fabión Vidal* y el marqués de Valdeiglesias. Vieron aquella vida subterránea, conversaron con los soldados ingleses que defendían el sector. Desde una aspillera contemplaron, enfrente, las posiciones enemigas. Y entre una y otra línea, la tierra de nadie, el suelo que no era de unos ni de otros. Era un espacio como de cincuenta metros: vuelo sombrío de cuervos sobre unos cadáveres que se pudrían bajo el sol.

Después, tras esta visita a las trincheras, los oficiales ingleses llevaron a sus visitantes al reducto de Hohenzollern. Este reducto era una obra alemana de fortificación, que había sido ocupada por los ingleses, y que éstos habían unido a sus trincheras por un camino subterráneo.

El capitán de la posición ocu-

pada por los alemanes era un muchacho muy joven. El año anterior—según dijo—era en Londres ingeniero electricista. Pero Inglaterra le llamó, y aquí estaba. Brevemente contó a los periodistas españoles cómo se ocupó la posición.

—Fue una noche, en un ataque por sorpresa...

Mientras hablaba, los periodistas vieron que a su lado, de un agujero, salían, arrastrándose, unos hombres. Preguntaron los españoles qué eran y qué hacían aquellos hombres que salían de la tierra.

—Son minadores—repuso el capitán—. Ayer supimos que los alemanes están minando este reducto, para volarlo con cuantos estamos dentro de él. Y nosotros estamos haciendo ahora una contramina. A ver quién de los dos llega primero...

Los periodistas españoles, presintiendo el peligro, se miraron entre sí. Tácitamente, sin palabras, se confesaron su deseo unánime de regresar a las líneas de retaguardia. Mas el capitán—¿deliberadamente?—hablaba y hablaba sobre lo que eran las minas, sobre casos interesantes que en aquel frente habían ocurrido... En el ánimo de nuestros periodistas brincaba una nerviosa impaciencia.

Pudieron marcharse, por fin. Al abandonar el reducto, al echar a andar sobre los tablones que cubrían el suelo enfangado del camino abierto hacia las trincheras, parecieron libertarse de un peso enojoso. Llegaron hasta la villa en que estaba el Cuartel General y en que ellos también se alojaban. Por la noche, como los otros días, les entregaron el parte oficial. Al leerlo, Gómez Carrillo, *Fabión Vidal* y Valdeiglesias palidecieron. En el parte se decía: «Al anoecer, en el sector de Vermelles, en el reducto de Hohenzollern, los alemanes han volado dos hornillos de mina. Se ha trabado un combate en torno a los embudos, que continúa...»

Los periodistas pidieron noticias ampliatorias. Sólo se sabía que el capitán y todos sus soldados habían muerto.

“NOGAT”

Producto especial MATA-RATAS



El mata-ratas «NOGAT» constituye el producto más cómodo, rápido y eficaz para matar toda clase de ratas y ratones. Se vende a 50 céntimos paquete y a 10 pesetas la caja de 25 paquetes, en las principales farmacias y droguerías. Dirigiéndose al Laboratorio, se envía por correo la cantidad que se desea, mandando antes, por Giro Postal o en sellos de correo, el importe, más 50 céntimos para gastos de franqueo. Producto del Laboratorio Sokatarg. Calle del Ter, 16, Barcelona.

Teléfonos
de
Prensa Gráfica

(S. A.)

57885-57884

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

FUMADORES: Cigarrillos Masitor. Perfec. Paq., 1 pta.; por correo, 6 paq., 6,60. Hospital, 102. Barcelona.

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

Problemas de Madrid

Amasadoras y rotativas

ESCASEA el papel para los periódicos. Llega a faltar a algunos periódicos el papel necesario para comunicarse con sus masas de lectores habituales. Surgen protestas sobre diferencias en el reparto, acaso falta de equidad en la distribución. Nosotros mismos sufrimos sin queja esa creciente penuria. No hacemos, no podemos hacer distinciones. Para cuantos hemos dedicado nuestra vida a esta no siempre grata ni fácil tarea de escribir para los demás, el problema es uno, contundente, igual, parejo en su importancia y en su trascendencia. Las publicaciones madrileñas están escasas de papel; sean cuales fueran sus ideologías, el caso evidente basta para infundir alarma, para que todos nos sintamos llegados del mismo mal.

Y el mal resbala por breves gacetillas de los periódicos primeramente afectados, sin contagiar—ésta es la triste verdad—a la gran masa de opinión ciudadana.

No se forman, en verdad, «colas» para comprar periódicos. El ama de casa, que ya, por fortuna, compra el pan suficiente en los despachos madrileños, no se considera afectada por esta penuria de papel que sufren los periódicos.

Sin embargo, es el momento de plantear el tema en toda su extensión. Acatemos, naturalmente, la enorme importancia que para una ciudad en guerra—Madrid en este caso—tiene el que las máquinas de sus tahonas funcionen a pleno rendimiento. Pero—preguntamos a quien lo sabe, a quien puede decirnoslo—, ¿no es de la misma capital importancia que las rotativas de los periódicos de una ciudad en guerra trabajen con toda intensidad?

No sólo de pan y de avituallamientos digeribles viven los pueblos. El espíritu tiene sus exigencias gemelas, y en las ocasiones difíciles, más imperiosas que las de la materia.

Madrid sin pan sería un trágico problema. Pero, ¿qué sería, qué hubiera sido de Madrid sin periódicos?

Recordemos, por no evocar sino fechas señeras, el 19 de Julio y el 8 de Noviembre del año pasado. En un día, la sublevación militar, apoderada de media España y con sus garras en el

corazón de Madrid; en otro, el alud fascista a las puertas de la capital, rugiendo sus rencores ávidos de venganza.

¿Qué hubiera sido, en una y otra ocasión, de la causa popular si los periódicos, inflamados de heroísmo cívico, no hubieran lanzado a todos los vientos las consignas viriles de resistencia y rebeldía; si cada hoja volandera no hubiera sido un clarín desvelador de energías; si en los gritos de las titulares y en la prosa caliente de los editoriales no hubiera palpitado el revulsivo y el acicate, el aliento y la esperanza, la protesta y la decisión firme de resistir y vencer a todo trance?

Bien sabía lo que hizo el gerifalte enemigo que en la cátedra de Fray Luis de León, en Salamanca, gritó un «Muera la inteligencial».

Sabía bien dónde estaba su adversario: en la cultura de las masas, en la fuerza propagadora e invencible del libro, del periódico; en el bálsamo, que puede ser también narcótico y revulsivo, de la palabra escrita.

La Prensa es un arma de guerra. No establezcamos una vez más, por sobado, el clásico parangón entre las armas y las letras. De su gemela importancia sabe de sobra quien debe saber. Al frente de nuestra Defensa Nacional está quien, antes que caudillo político y militante de un partido, es, por encima de todo, un gran escritor y un gran periodista. Y apurando el término, periodista en sí, por esencia y potencia, antes que nada.

Madrid en guerra, Madrid en frente de batalla,

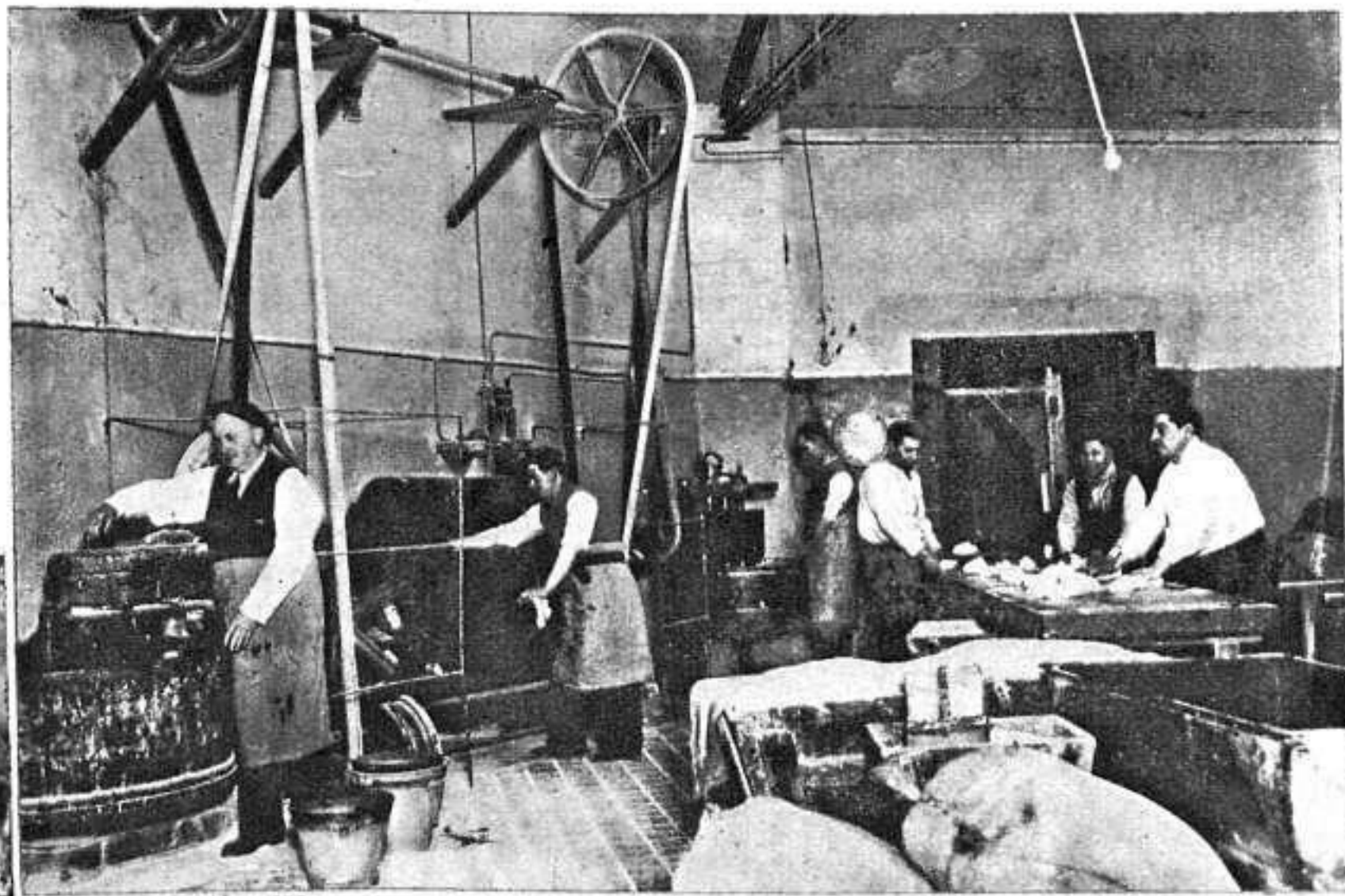
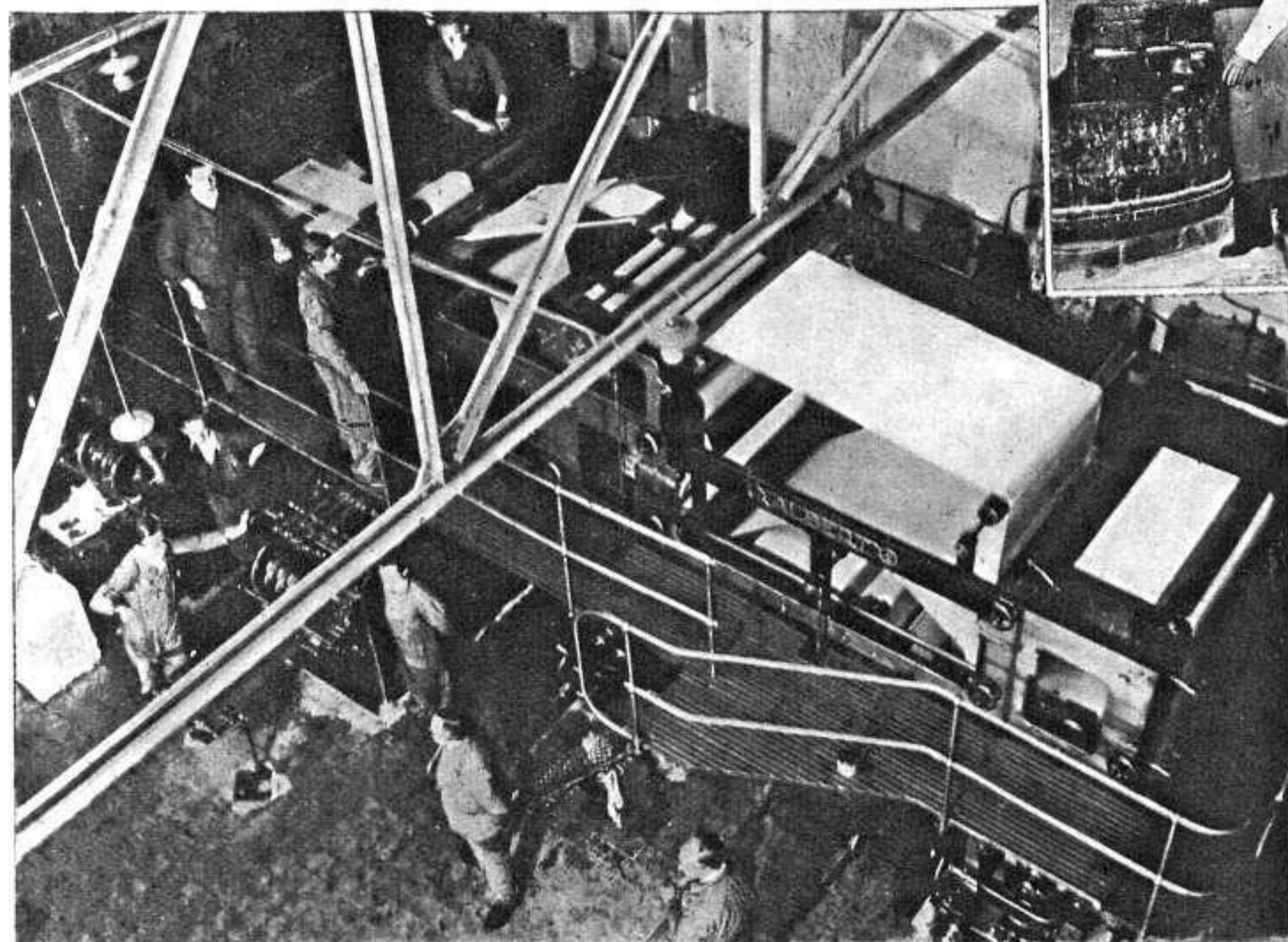
Rotativas, amasadoras... No sólo de pan vive el pueblo. Que trabajen, a pleno rendimiento, las máquinas de las tahonas. Pero que tampoco dejen de trepidar ni un solo momento las rotativas...

es, seguramente, la máxima preocupación de gobernantes y gobernados. Madrid necesitó en momentos trágicos un esfuerzo enorme para su municionamiento militar, y el esfuerzo se hizo.

Madrid, soportando un largo y cruento martirio, con un estoicismo impar en la Historia, necesitaba víveres. Los héroes tenían derecho a comer a costa de todos los sacrificios, de todos los esfuerzos. Y el sacrificio y el esfuerzo se están haciendo en la medida que las circunstancias permiten.

Madrid necesita ahora papel para sus periódicos, que fueron, son y serán testimonio, acicate, historia y esperanza en la lucha grandiosa del pueblo. El esfuerzo que se hizo para las armas y para los víveres debe, imperiosamente, hacerse para abastecer de papel a los periódicos madrileños. Necesidad de guerra. Imperativo de guerra. Tan alto, fecundo y necesario como el que más. No sólo de pan vive el pueblo. Que funcionen, cuando sea preciso, bien pertrechados, ametralladoras y cañones. Que trabajen, a pleno rendimiento, las máquinas de las tahonas. Ahora bien: si se quiere que todo eso marche siempre con su ritmo vital y fecundo, que no dejen ni un momento de trepidar las rotativas. Sólo así se podrá sostener la tensión heroica de este pueblo para soportar todas las crueldades de la guerra. No importa que lluevan obuses si no falta el pan espiritual de la palabra escrita. «Esto matará a aquello.»

JUAN FERRAGUT



APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, ramba o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando **RUOL**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.



Anita Flores, resignada y sonriente, espera su turno en la «cola» de las patatas

Carmelita Sevilla se apresta denodadamente a la conquista de las lentejas



Lolita Granados, ingenuamente, busca un repollo en esta «cola»

Carmelita Caballero aspira nada menos que a conseguir una pastilla de jabón (Fots. Video)

Las artistas en las "colas"



¡A la «cola»! ¡A la «cola»!

A la «cola», mejor dicho, a las «colas», pues existen en Madrid hasta para limpiarse los zapatos, hemos tenido que ir, y vamos todavía, cuando las circunstancias lo exigen—que es, ¡ay!, con harta frecuencia—, todo el mundo.

No podían quedar excluidas las artistas, esas mujercitas frívolas y encantadoras, al margen de ciertas realidades y prosaísmos del vivir cotidiano. Mujeres, por lo general, de lujo y superficialidad, de ritmo y policromías escénicas, sólo acostumbradas a deslumbrar y seducir desde el escenario.

Y, no obstante, las artistas han tenido que descender del escabel maravilloso de sus triunfos y admiraciones para, no por un momento, sino por muchas horas—horas pesadas e interminables del día y de la noche—, rozarse con la realidad más ingrata y vivirla plenamente.

La princesa del cuento azul, convertida en Cenicienta desdichada, vióse obligada a coger el capacho—que no siempre ha logrado justificar el fin para que fué creado—y marcharse a las «colas».

En nuestro ambular callejero y profesional, hemos tenido ocasión de sorprender a algunas de nuestras amigas, artistas guapas y popularísimas, en su alocado y pintoresco—pintoresco sólo en apariencia—peregrinaje gastronómico. Interrogadas, nos han contado cosas, a propósito de las «colas», que queremos comunicar a nuestros lectores.

Anita Flores va en busca de patatas

—Ya ves, hijo. A ver si puedo coger algunas patatas para guisármelas esta noche.

—¿Llevas mucho en la «cola»?

—Alrededor de hora y media; pero no creas: a lo mejor—es decir, a lo peor—, cuando me toque a mí la vez, ya se ha acabado la mercancía. Y me tengo que marchar cansadísima y sin esperanzas de poder cenar esta noche.

—Pues es una juerga.

—¡Hombre! Esto es muchísimo peor que una noche de estreno. ¿Ves tú lo nerviosa e indisputada que suelo ponerme en esos momentos? Pues peor, mucho peor me pone esto de las «colas», sin esperanzas de obtener, al final, buen resultado.

—Pues que las patatas te sean propicias...

—Gracias. Y tú que lo veas.

—No. ¡Qué horror! Prefiero, si te es lo mismo, que me avises cuando ya las tengas guisadas...

Carmelita Sevilla busca lentejas

—¿Tú por aquí?

—Ya ves: a por la rica lenteja, hijo. Ando tres días detrás de pescarlas, y que si quieres, como si lo que pretendo adquirir fueran brillantes del Brasil.

—¿También está difícil la adquisición de lentejas?

—¡Ay, qué rico! Un plato de lentejas ahora—¡cómo se iba a figurar Esaú el símbolo que iba a adquirir su famosa azaña!—es o viene a ser lo mismo que antes un plato de faisán a la escarlata.

—¿Tú crees que las conseguirás al fin?

—Seguramente, porque estoy dispuesta a estar volviendo a la «cola» hasta que en el Manzanares, ya convertido en puerto de mar, consigan entrar barcos de gran calado.

—Pues paciencia, y a perseverar en tan nobles y heroicos propositos.

—Ni que decir tiene que comeré lentejas, amigo Juan del Sarto. Ya es cuestión de tozudez, y ya sabes tú que a tozuda no hay quien me gane.

Lolita Granados busca un repollo

—¡Un repollo, sí, señor! ¿Qué le parece al amigo?

—Muy bien, Lolita. ¿Has heredado?

—¡Hombre!... Veinte duros para un repollo, siempre procuro yo tenerlos de reserva,

—¿Y desde cuándo andas detrás de esa joya?

—Poco tiempo. Desde la semana pasada. Pero no creas: para la semana próxima ya lo tendré en mi poder. ¡Si gustas!...

—¿Que si gusto? ¡Ya lo creo! ¡Ahí es nada! ¡Comer repollo en estos tiempos!

—No, rico... Si te digo que si gustas sustituirme aquí en la «cola» un ratito, mientras voy a llevarle un recado urgente a mi novio al Puente de Vallecas...

—Luego vuelvo, hijita; que ahora tengo mucha prisa. Prontito, para la semana próxima, cuando ya tengas el repollo en situación de engullirlo...

Carmelita Caballero va en busca de jabón

La Caballero, con sus ojazos de española cien por cien y su jerga andaluza—de Sevilla, no más—, pintoresca e incongruente, se encuentra desde las cinco de la mañana—y son las dos de la tarde—en la «cola» del jabón.

—¿Quién ha pedido hacer el milagro de que estés tú en la «cola» tanto tiempo?

—La higiene, hijo. No puedo pasar sin jabón. Ya ves: hay días que incluso no como o como muy poquito (porque no encuentro, desde luego); pero el jabón, que no me falte. Te digo que en estas circunstancias lo prefiero al jamón.

—Y qué, ¿tú crees que conseguirás llevarte jabón a tu casa?

—Yo aquí me estoy hasta que me lo den; con que tú verás...

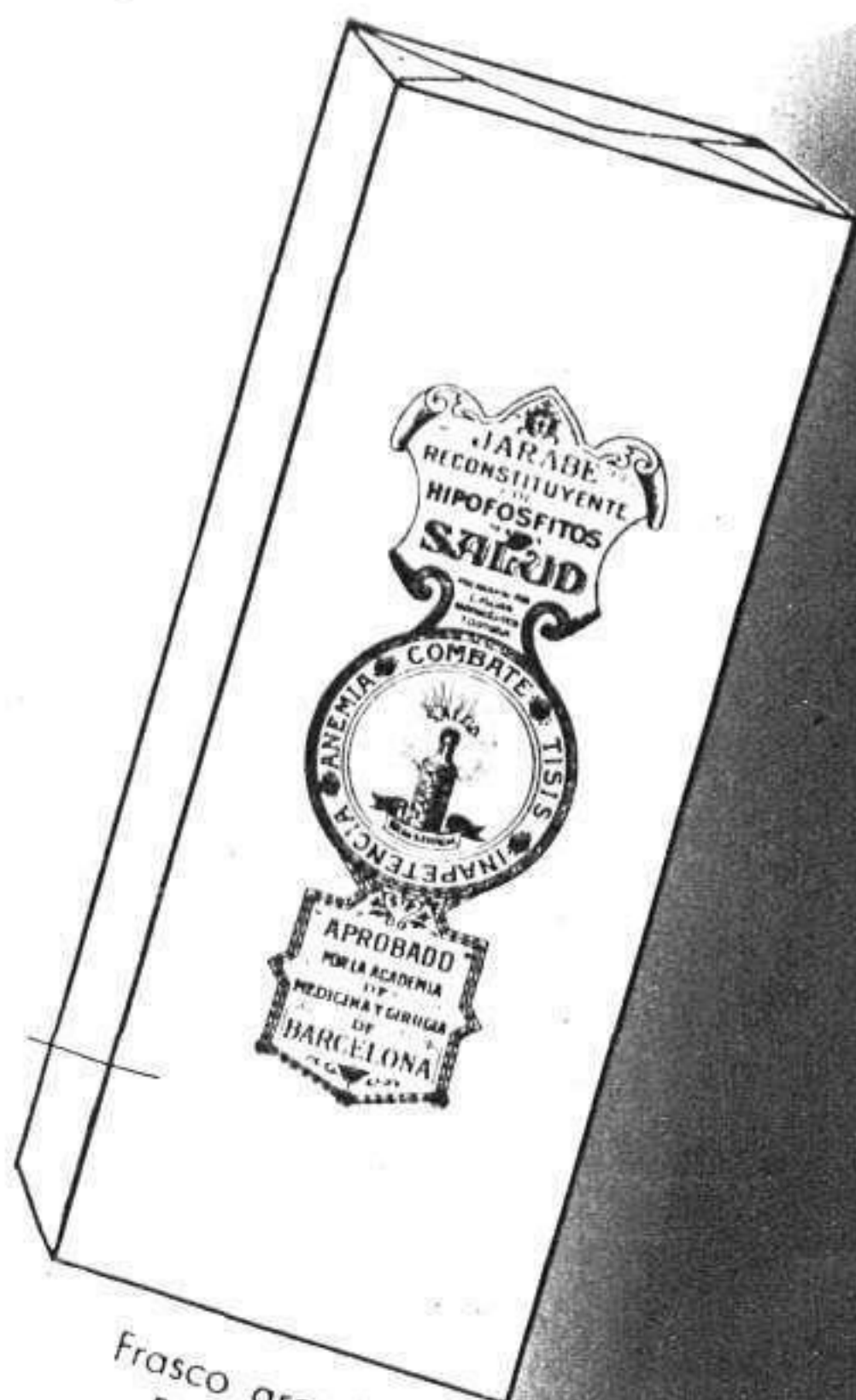
—¿Y si no llegas a tiempo?

—Lo robo. Pero que yo lavo mis trapitos antes del otoño, eso lo saben hasta en la Cochinchina.

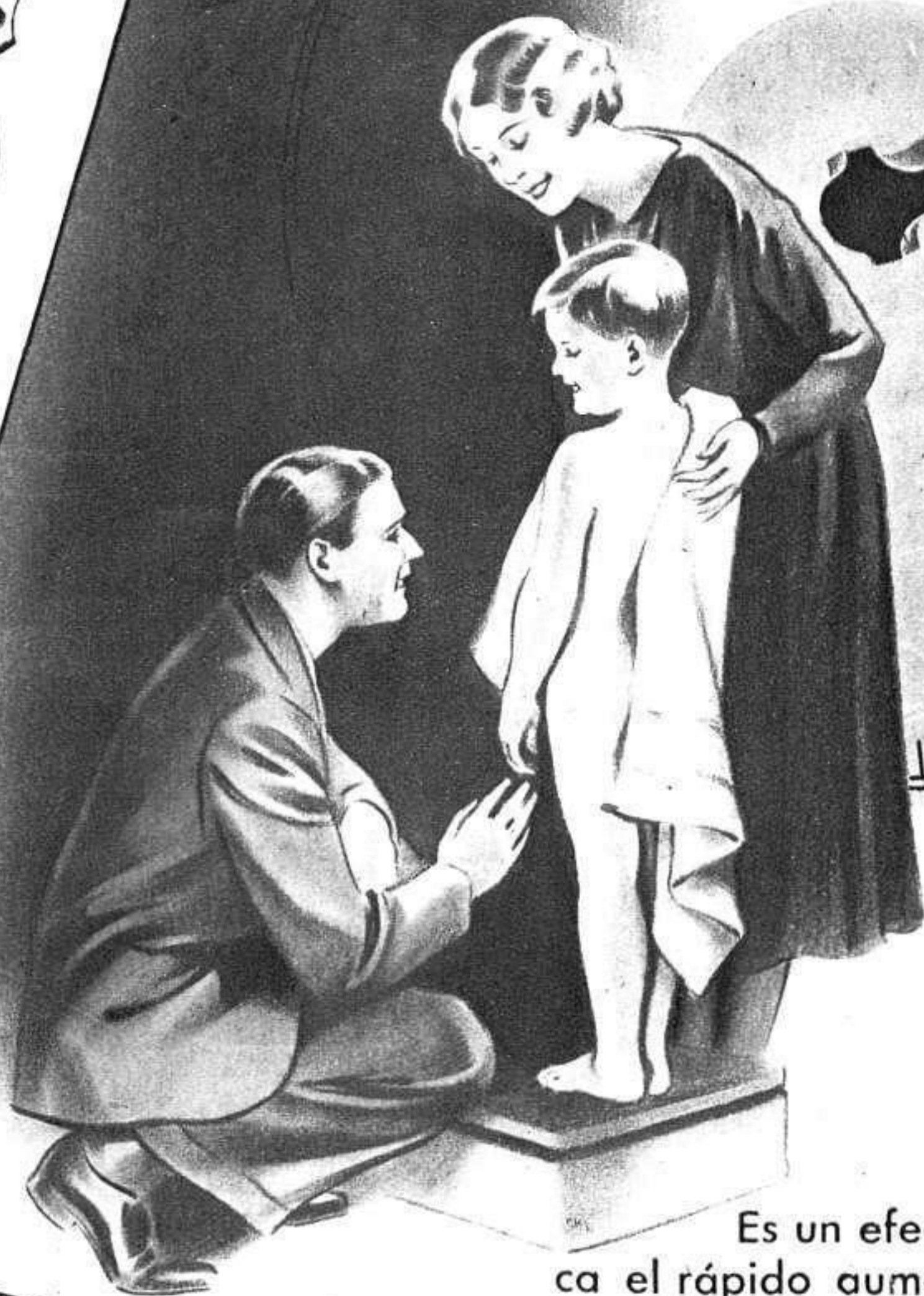
—Pues que la suerte te ayude.

—Así lo espero; pero mientras tanto, mira a ver si hay por ahí algún bocadillo, y tráemelo, porque, vamos, tengo un hambre que asusta, hijo. Y gracias...

JUAN DEL SARTO



Frasco grande:
Ptas. 5,05
(Timbre incluido)



**¡5 kilos en
cinco semanas!**

Es un efecto comprobado por la clase médica el rápido aumento de peso cuando un niño desgastado toma **Jarabe Salud**. Aumenta la vitalidad y la resistencia; da vigor a los nervios y glóbulos rojos a la sangre. Para los niños es el reconstituyente ideal por su agradabilísimo sabor.

Está aprobado por la Academia de Medicina para combatir con resultados excelentes **inapetencia, anemia, clorosis, raquitismo**.

Los débiles tendrán más energías físicas y mayor vigor mental tomando el enérgico tónico reconstituyente **Jarabe de**

HIPOFOSFITOS SALUD

Puede tomarse en todas las épocas del año porque es inalterable.

LAXANTE SALUD

Eficacísimo contra estreñimiento.
No irrita ni causa molestias.

En cajitas de 28-30 grageas, Ptas. 1,90 (timbre incluido), en farmacias.

Si desea Vd. recibir muestra gratis del "Laxante SALUD", llene el Boleín y remítalo en sobre abierto, franqueado con sello de 2 cts., al "Laboratorio SALUD" - Apdo. 17-TORTOSA

Nombres y apellidos

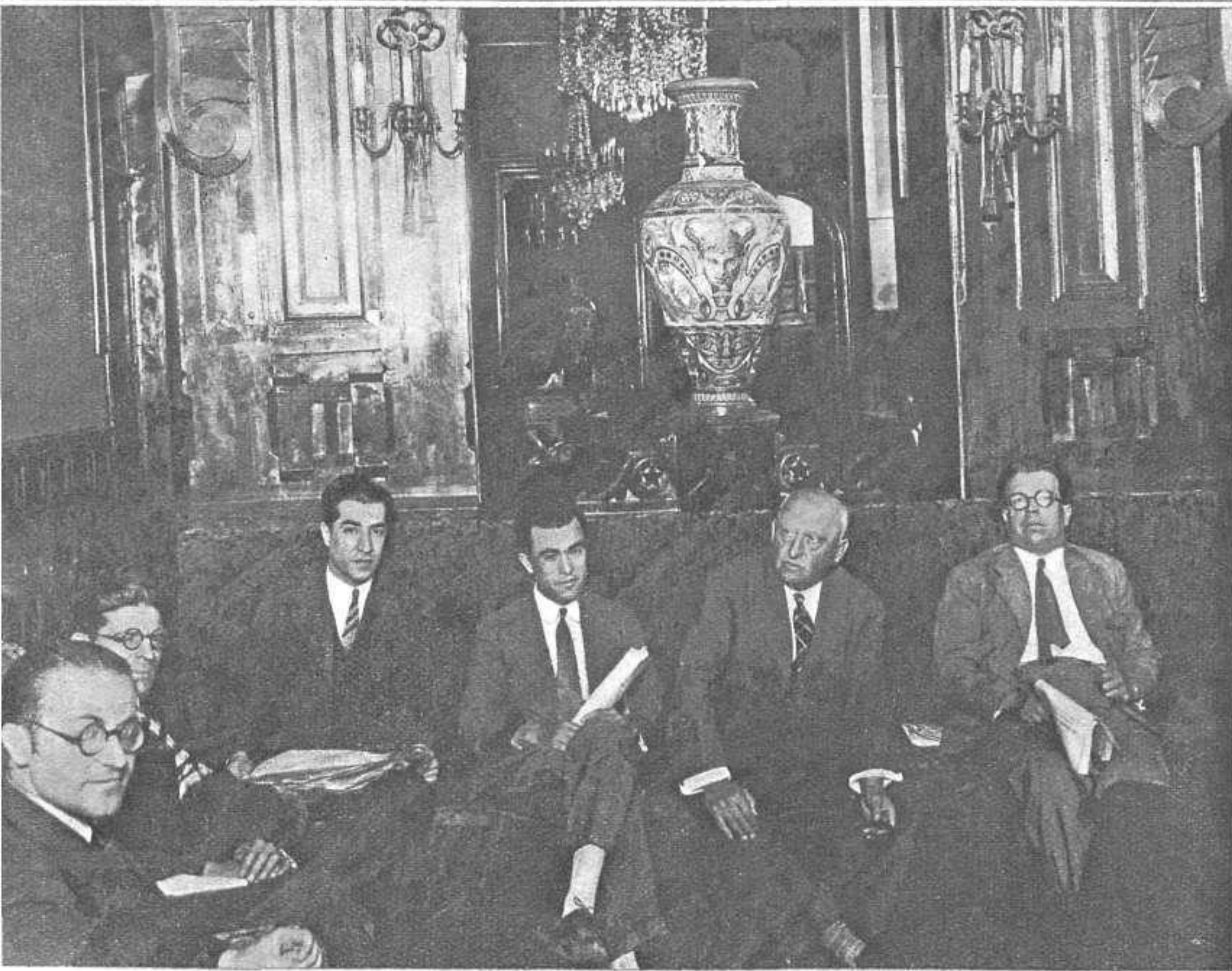
Domicilio

Residencia

LO QUE SE HA LLEVADO LA GUERRA

DIÁLOGOS IRÓNICOS

en la "Cacharrería" del Ateneo



Un gran asiduo a la «Cacharrería» del Ateneo era el ilustre teósofo don Mario Roso de Luna, conversador ingenioso e infatigable. Vedle en esta foto rodeado de los amigos que constituían «su» grupo... (Fot. Videal)

La vida pobre de un centro de cultura

EN cuanto estalló la sublevación de Julio—me decía hace poco el bibliotecario del Ateneo, don Bernardo G. de Candamo—, la mayor parte de los socios de esta Casa se marcharon al frente. Los que podían sostener un fusil, se enrolaron en las Milicias populares. Los otros, los que por su edad o su imposibilidad física no podían soportar la dura vida de las primeras líneas de fuego, se ofrecieron para trabajar en los diversos centros y entidades de la lucha antifascista, que también es una manera de estar en el frente.

Luego, Candamo—aquí mismo, en MUNDO GRÁFICO, quedó constancia de sus palabras—se lamentó extensamente de la precaria situación económica que atraviesa la Casa, a punto de desaparecer si el Gobierno no pone los medios para que uno de los centros culturales de más ilustre abolengo en España pueda atender a sus necesidades.

El Ateneo no ha desaparecido con la guerra; pero está a punto de desaparecer de hecho su eficacia cultural de cada día, ante la imposibilidad de adquirir los libros y revistas que ponían hasta ahora su biblioteca con la última hora mundial del pensamiento. Con protección oficial o sin ella, la Casa hace esfuerzos heroicos por continuar su tradición de agitadora del pensamiento. Ahora mismo, por estos días, va a comenzar un ciclo de conferencias divulgadoras de los problemas sociales, y otro de arte español, en sus relaciones con el pueblo.

La "Cacharrería", isla de ingenio

Pero algo hay que la guerra ha barrido del Ateneo, algo que era como el corazón de la Casa; una isla de divanes, propicia a la frase aguda, al comentario ingenioso, hasta hacerse cantera inagotable de anécdotas con protagonistas ilustres: la «Cacharrería». La hora no es propicia al sesteo en la sombra amable y fresca, ni al diálogo platónico. Los que antes ponían allí cátedra de intención y de buen decir con ironía, o los que eran

simplemente espectadores en la esgrima del ingenio, están ahora entregados al afán de unir su esfuerzo al esfuerzo de los trabajadores de España. Pero queda su historia, una historia extensa y de buen sabor agridulce en boca de nombres ilustres. Vamos a contar algunas de estas anécdotas, recordadas por un viejo ateneísta:

En la última época de la vida de don José Echegaray, «el literato entre los ingenieros y el ingeniero entre los literatos», apenas salía de su casa como no fuera para acudir a la «Cacharrería», a recordar sus buenos tiempos, cuando su palabra certera, matemáticamente administrada y construida, dialogaba con hombres que ya pertenecían al pasado. Era Echegaray el único superviviente de una generación de ateneístas que había dado a la «Cacharrería» sus mejores días de gloria.

Joaquín y Echegaray

Una tarde, don José, rodeado de un grupo de jóvenes que le buscaban el comentario por todos los caminos de la insinuación, llamó a Joaquín, el camarero. Joaquín era un hombre que odiaba los disimulos. El doble fondo de las conveniencias sociales no se había hecho para él. Cuando pensaba una cosa, la hacía o la decía sin importarle las consecuencias. Sus largos años de camarero del Ateneo le pusieron en contacto con la mayoría de los hombres que hipotecaban la fama. Pero él no les concedía demasiada importancia.

Cuando acudió Joaquín, don José, acariciándose la perilla, le pidió una copa de agua templada. Joaquín volvió, a poco de la petición, con una bandeja, en la que había media docena de copas para calmar la sed de otros tantos socios, y la puso sobre el velador próximo a Echegaray.

—¿Cuál es la de agua templada, Joaquín?
Y Joaquín, sin inmutarse, metiendo un dedo en el líquido de la más próxima, respondió sin inmutarse:
—Esta.

“¿Se juega usted dos pesetas...?”

Del mismo Joaquín es esta otra:

Le había pedido don Rafael Ureña una botella de cerveza, y el camarero, al servírsela, derramó la espuma. Don Rafael le advirtió con buenas palabras y buen tono:

—Hombre, ten cuidado; no viertas la espuma.

Y Joaquín, echándose mano al bolsillo y poniendo luego sobre el velador una moneda de plata, salió por los fueros de su profesión, que él creía desacreditada:

—¿Se juega usted dos pesetas a que usted también la vierte?

Ortega y el sastre

La frente grávida de don José Ortega y Gasset tuvo también muchas veces un punto de partida para la frase famosa en la «Cacharrería» del Ateneo. Un día se le acercó un «botones» para darle un recado:

—Don José: le llaman a usted al teléfono.

Ortega y Gasset estuvo un minuto escaso en la cabina telefónica. Cuando volvió de nuevo a la tertulia, dijo, entre dos sonrisas:

—No sabía que hubiera en la Casa un consocio con mi nombre y apellido.

—¿Por qué?

—Porque no más coger el aparato y dar mi nombre, ha gritado una voz de energúmeno, al otro lado del hilo: «Oye tú, granuja, ¿cuándo me vas a pagar esos diez duros?»

El loco y el provinciano

A la «Cacharrería» llegaban con frecuencia, como a Pombo, los tipos más extraños y absurdos. Siempre había allí, por lo menos, un loco dispuesto a volcar sobre la reunión su saco de arbitrariedades. Uno de éstos dio una vez el espectáculo de perseguir a un socio, que le había llevado la opinión contraria, por los pasillos y las escaleras, con el hierro, al rojo, de remover la lumbre de la estufa.

Locos y provincianos tenían una gran avidez por asistir a la tertulia. Una vez llegó hasta allí un poeta de provincias que acababa de publicar un libro de versos, con el que esperaba que se le abrieran las puertas de la inmortalidad. Quería conocer a todo el mundo; que le presentaran a todos los hombres famosos que él había visto, en su rincón del pueblo, en las páginas de los periódicos y revistas. Y Heliodoro Puche, señalando al ilustre crítico de arte Vegue y Goldoni, le dijo muy serio:

—Tengo el gusto de presentar a usted a los hermanos Quintero.

El provinciano jamás volvió por la «Cacharrería».

ANTONIO DE LA SERENA

BLENORRAGIA

(PURGACIONES)

en todas sus manifestaciones URÉTRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc. en el hombre y VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUJOS, etc. en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los

CACHETS DEL Dr. SOIVRE

que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta el completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato genito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad.

Basta tomar una caja para convencerse de ello. Exigir siempre los legítimos CACHETS DEL Dr. SOIVRE y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.

Venta a 6,60 ptas. caja en las principales farmacias

Agentes. -- New-York: Drug Importing C., 179, Adams Street Brooklyn. -- S. José Costa Rica: I. Carreras, Bazar París, Avenida Central. -- S. Juan Puerto Rico: J. Combas Peyork, Teluán, 73. -- Cuba: J. Carlos Quasch, Apartado 825, Habana

AVENIDA

Todos los días
el sensacional film

SANSON

El Sansón moderno

con HARRY BAUR
y GABY MORLAY

PARDIÑAS

Todos los días, gran éxito de
LA MOLINERICA

Zarzuela de gran espectáculo,
de Fanarraga y S. Alvarez García

Spectáculos

Palacio
de la **MUSICA**
WILLIAM POWELL

en
**Código
Secreto**



RIALTO

Gran éxito de la
producción nacional

Rinconcito madrileño

ESLAVA

Compañía LORETO-CHICOTE

PROXIMAMENTE

Generosa en los Madriles,
o te has colao, Estanislao

PRENSA *

**Campeón ciclista
y
CABALLERO POR UN DIA**



bilbao

La **Posada del Caballito Blanco**

Una opereta maravillosa,
en español

CAPITOL

TODOS LOS DIAS

Suicídase con música

Incomparable comedia musical,
de la que son protagonistas

HUGH HERBERT

y

HELEN BRODERICK

LA NUEVA PAREJA COMICA



BARCELO



Lupronini
**El terror de
Chicago**

CHUECA

El teatro más fresco y mejor
situado de Madrid

Todos los días

**EN EL PUEBLO
MANDO YO**



ALCAZAR

**Fu gitano,
y yo, gitana**

la obra del poeta
CASAS BRICIO

II IDEAL

Sigue el éxito
cumbre

**Rosa de
Fariana**

BARRIOS

BAJOS

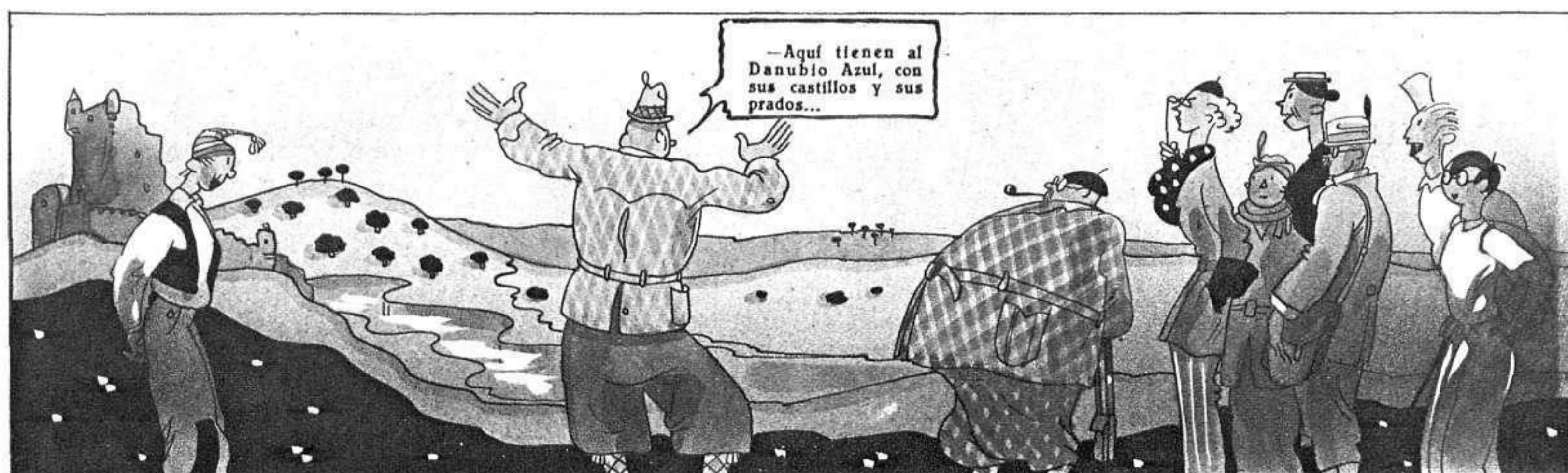
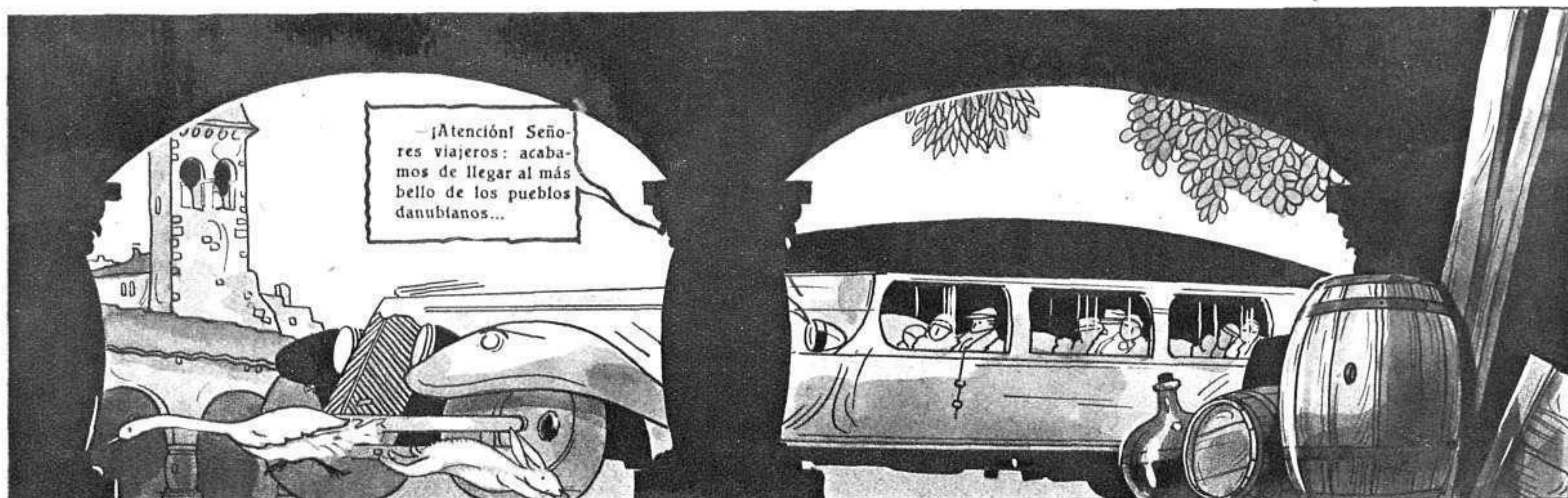
PROXIMAMENTE

La sensacio-
nal película.
Primera produc-
ción social espa-
ñola.

Grandiosa superproducción
interpretada por
Gary Cooper,
Franchot Tone
y Richard Cromwell

Tres lanceros bengalíes

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLLO



Una confesión en un Hospital de Sangre

La mala estrella de un ejército

En el rápido Ginebra-París

ERA a finales de Julio de 1914. Llegaba a la estación del Este el rápido Ginebra-París. Una oleada de viajeros inundó el andén. Venía entre ellos un oficial del ejército, que apresuradamente buscó a un empleado de la estación, al que dijo que en su mismo departamento venía un hombre al que no había conseguido despertar al término del viaje. El empleado se acercó al departamento, y vió, efectivamente, que sobre el asiento estaba tendido un hombre, vestido con elegancia, y que no se movía. ¿Desvanecido? ¿Muerto?

—Vinimos hablando toda la noche—decía el militar—. No advertí en él nada anormal. Al contrario: estaba de un humor excelente. Me dijo que se llamaba Erydt Laune y que era comerciante al por mayor. Después nos dormimos cada uno en nuestro asiento. Y hasta ahora, en que al llegar el tren vi que continuaba dormido.

Llegaron agentes. Parecía que el desgraciado había muerto de una apoplejía que le cogió en el sueño. El oficial se ofreció para todo lo que pudiera ayudar a esclarecer el suceso: era el capitán Jeabeot, y venía llamado de las colonias a París, en servicio especial. Al muerto se le encontraron un pasaporte y varias tarjetas; el nombre era, en efecto, el que el militar había dicho.

Según el dictamen facultativo, aquel hombre había muerto por haber tomado un bombón de chocolate envenenado. Algunos periódicos hablaron de suicidio. Mas el público, apasionado con la declaración de guerra, apenas se fijó en la breve noticia. Nadie se volvió a acordar de aquel hombre encontrado muerto en un asiento del rápido Ginebra-París.

La mala estrella de un ejército

Declarada la guerra, el capitán Jeabeot fué destinado al cuerpo de ejército mandado por Castelnaud. Intimó mucho con el coronel Duval. El capitán era hombre ya de edad madura, severo, callado, amigo de la soledad y del silencio. Apenas se le veía, fuera de las relaciones normales de servicio, más que con el coronel Duval. Todo el tiempo que llevaba en el ejército lo había pasado en las colonias; por esto no conocía a ninguno de sus camaradas. Dominaba perfectamente el alemán, el inglés, el holandés y el italiano, y esto hizo que se le destinase al servicio de Información de aquel cuerpo de ejército.

La mala estrella parecía seguir a las fuerzas mandadas por Castelnaud. Todos sus ataques se estrellaban ante la resistencia alemana, como si ésta pudiera conocer de antemano todos los planes del Mando francés. El espionaje era muy intenso; pero nada, sin embargo, hacía conocer las razones de aquella inutilidad de todas las operaciones que intentaba aquel núcleo de fuerzas. Muchas veces, preocupado por los hechos, el capitán Jeabeot habla-

Los ataques del ejército de Castelnaud se estrellaban contra la resistencia del enemigo, como si éste conociera de antemano los planes del Mando francés...

ba largamente con el coronel Duval; pero de sus palabras no salía ninguna luz que pudiera orientarles sobre el sistemático fracaso de las operaciones.

Una ofensiva fracasada

Más adelante, los dos fraternales amigos fueron trasladados al Servicio de Información del ejército, que mandaba el general Rivelle, en la Champaña. Para la entrada de la primavera de 1917 se había preparado una formidable ofensiva; todos sus preparativos se habían realizado dentro del máximo secreto, para que no llegasen a conocimiento del enemigo. El Alto Mando francés estaba seguro de la victoria. Tal era el volumen del esfuerzo realizado.

Pero el ataque simultáneo de tres ejércitos se deshizo ante las posiciones alemanas entre Soissons y Reims. El fracaso fué absoluto. En la noche del primer día de ofensiva se habían registrado ya cien mil bajas.

Entre los heridos de aquel día trágico estaba el capitán Jeabeot. Un avión enemigo voló sobre el pueblecito en que estaba el puesto de mando, arrojando una bomba cuya metralla hirió gravísimamente al capitán.

A media noche, desde el hospital de campaña, situado a espaldas del frente, fué llamado urgentemente el coronel Duval. El capitán Jeabeot se moría, y quería hablar antes con su amigo. Duval tomó apresuradamente un coche, que en un cuarto de hora le condujo a un pueblo cuya escuela había sido convertida en hospital de sangre.

El capitán estaba sobre un montón de paja, cubierto con una manta de caballo. La cara, deshecha, tenía un color verdoso. Con una mano indicó que les dejaran solos. Se fué un médico que en la estancia había, y el capitán comenzó a hablar, con dificultad, pero tranquilamente.

—Sólo unos minutos me quedan de vida.

La confesión

Su amigo quiso trazar unas palabras de consuelo. El capitán negó con la cabeza, y

se quitó de encima la manta. Duval vió, con espanto, que su amigo sólo tenía tronco. Las dos piernas habían desaparecido por completo, y en su lugar había sólo un envoltorio de trapos empapados en sangre.

—Estoy desangrado, mi coronel. Moriré en seguida. Pero me bastan dos minutos para hablar a usted.

Duval se sentó en un cajón de conservas vacío. Quiso acariciar aquella mano exangüe; pero Jeabeot la retiró. Los ojos del moribundo tenían una luz extraña.

—Escúcheme bien. La derrota de hoy es obra mía. Soy el espía Erydt Svenhage.

Duval pensó que su amigo deliraba. El capitán, como adivinando sus pensamientos, siguió:

—No. No deliro, coronel. Veo y pienso con claridad. Y me siento feliz por haber vengado a mi padre. Mi padre fué un hombre bueno, extraordinario; la culpa de su muerte la tuvo un empleado francés de las colonias. Yo tenía entonces tres años. Mi madre—ella era holandesa, y mi padre, alemán—me educó en un odio fanático contra Francia. Toda mi vida estuvo desde entonces forjada para vengar la muerte del que me dió la vida.

La voz del capitán se extinguía, agotada por el esfuerzo. Pero tras unos instantes de pausa, pudo seguir.

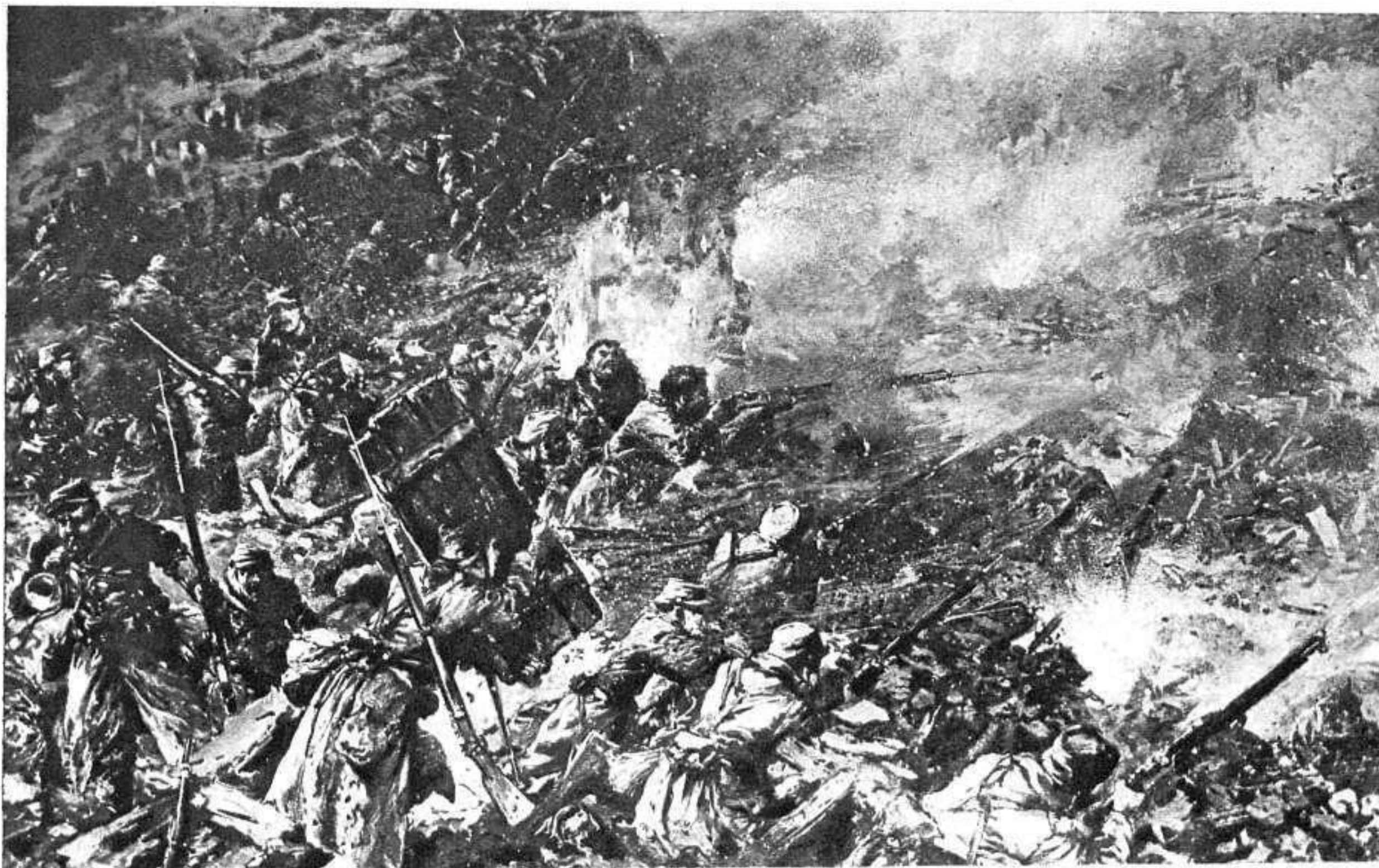
La muerte

—Nunca tuve ocasión. Murió mi madre. Yo había dejado ya de ser joven. Por fin, en Julio de 1914, la amenaza de la guerra. La lucha estallaría de un momento a otro, y haría posible mi venganza. Me precipité por llegar a Francia. En el rápido Ginebra-París conocí a un oficial francés, el capitán Jeabeot. Volví a su patria después de casi veinte años de servicio colonial y ajeno casi en absoluto a las cosas de su país y a la situación del momento. Sentado frente a él, concebí la idea. Charlamos. Yo estaba comiendo bombones de chocolate. En un momento cambié la bombonera por otra igual, de bombones envenenados. Se los ofrecí al capitán. A los pocos minutos éste se desplomaba sobre la colchoneta del asiento.

La respiración del moribundo se hacía cada vez más fatigosa. Duval seguía anhelantemente aquella confesión.

—El departamento estaba cerrado por dentro, merced a una propina que dimos al empleado. Me desnudé, cambié mi ropa por la del capitán. Le quité todos sus papeles, dejándole, en cambio, sobre mi ropa, los míos. Nadie sospechó. Así me hice oficial del ejército francés. Así conocí todos los secretos del Mando. Así vengué a mi padre. Así...

No pudo seguir. La mueca de la muerte estaba ya impresa sobre su rostro.



ESCENARIOS DE LA GUERRA

El frente Sur de Santander

